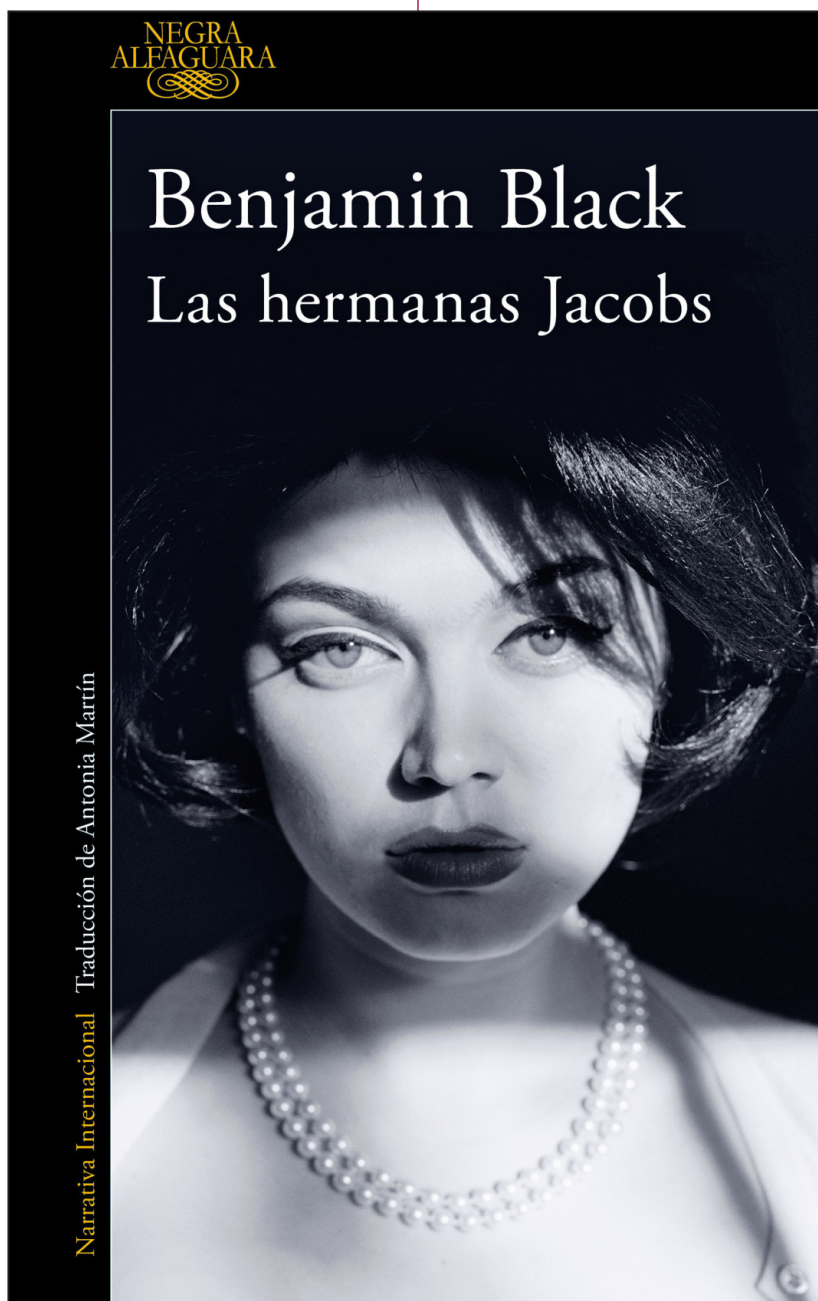




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

1945: la guerra ha terminado, y algunos alemanes deben huir del país. Tras un viaje agotador, un hombre llega a un antiguo monasterio franciscano que se alza frente a los Dolomitas. Allí hallará refugio y también sellará un pacto.

Más de una década después, el doctor Quirke es «un animal herido» que se ha mudado a casa de su hija Phoebe tras la trágica muerte de su mujer. Cuando en un garaje de Dublín aparece el cadáver de la joven estudiante judía Rosa Jacobs, todo parece apuntar a un suicidio, pero Quirke y el inspector Strafford —que

se enfrentan a su primer caso juntos— sospechan que se trata de un crimen, al igual que la hermana de la víctima, una periodista que se une a la búsqueda de la verdad y zarandea el corazón del patólogo. Mientras las relaciones entre los dos investigadores se vuelven cada vez más tensas, el misterio se agudiza cuando descubren los vínculos de Rosa con el hijo de una acaudalada familia alemana que se mudó al condado de Wicklow tras la Segunda Guerra Mundial y tiene negocios en Israel. ¿Podrán unir las piezas del rompecabezas oculto?

CLAVES

Interesado como lector en el género negro practicado por clásicos como Georges Simenon o Ross MacDonald, John Banville no tenía pensado probar suerte con él hasta que se encontró con un esqueleto de guion que no fue aprobado para convertirse en una producción audiovisual y decidió intentar darle forma de novela. Así, por azar, nacería *El secreto de Christine*, la primera entrega protagonizada por el patólogo forense Quirke y ambientada en el Dublín de los años 1950, firmada con el seudónimo Benjamin Black. El autor ha comentado en múltiples ocasiones la diversión que le procura escribir novela negra, en gran parte porque la inspiración y el ritmo de escritura son sorprendentemente fluidos frente al gran esfuerzo y concentración que le exigen las obras de Banville (lo que, por descontado, no va en demérito de su altísima calidad final).

Bajo el manto negro de Black, el firme candidato al Nobel no solo ha firmado la ya longeva serie dedicada a Quirke sino títulos sueltos como *La rubia de ojos negros* —siguiendo los pasos de Raymond Chandler al retomar a su legendario sabueso Philip Marlowe—, *El lémur* —una sátira ambientada en el mundo empresarial y que apareció por entregas en *The New York Times*— o la novela histórica *Los lobos de Praga*. Asimismo, en *Pecado* y *Las invitadas secretas* le concedió el protagonismo a un inspector apenas citado de refilón en las novelas de Quirke: Strafford.

El ciclo dedicado al patólogo dublinés llega ahora a su noveno título, habiéndose definido desde el primer momento por aportar una prosa rica y una brillante caracterización de personajes a los códigos del género, amén de poner el foco en la grisura ambiental y moral que definió

la capital irlandesa después de la Segunda Guerra Mundial y en volver sobre el tema del pérfido abuso de poder en cualquiera de sus facetas (político, económico, social, religioso...), todo esto compensado por el sutil e irónico sentido del humor que es marca de fábrica del autor.

Aunque la renovación de los casos y la introducción puntual de contexto garantiza que incluso el lector primerizo pueda disfrutar de cualquier título al azar, el seguidor del ciclo cuenta con el goce extra de asistir a la evolución de Quirke —o, con más frecuencia, a su recaída en ciertos comportamientos y debilidades patológicas— e ir llenando algunos huecos biográficos, a la vez que reencontrarse con secundarios con tanto encanto como su hija Phoebe o el inspector jefe Hackett. Sin embargo, hasta los reincidentes siempre cuentan con nuevos alicientes. *Las hermanas Jacobs* no supone una excepción pues tiene la particularidad de unir por primera vez en un mismo caso a Quirke y Strafford, quienes se profesan una honda animadversión.

En el anterior título de la serie, *Quirke en San Sebastián*, las vidas de ambos se cruzarían fatalmente en la ciudad vasca. Ahí, un asesino a sueldo mataría por accidente a la esposa de Quirke, mientras ambos se encontraban de vacaciones, sin que Strafford pudiera impedirlo, a pesar de que sí acabaría con la vida del matarife en el transcurso de un tiroteo. La nueva entrega arranca varios meses después de los trágicos hechos. Quirke continúa sumido en el duelo y no ha perdonado a

Strafford lo que a sus ojos fue una terrible negligencia profesional. La aparición del cadáver de una joven en un garaje los forzarán a colaborar, lo que unido al interés sentimental de Strafford por la hija de Quirke, Phoebe, resultará en un polvorín.

Acostumbrado a ceñirse a la historia reciente de Irlanda y a los atropellos cometidos por sus estamentos más poderosos (Iglesia, políticos, familias ricas...), esta vez Benjamin Black amplía sus miras y nos lleva a escenarios como un monasterio en medio de los Alpes, un campo de concentración alemán y un Tel Aviv de turbias alianzas empresariales, todo ello unido por el tema de cómo algunos nazis consiguieron eludir la justicia y empezar una nueva vida bajo un cambio de identidad. De todos modos, como es habitual en el autor, la trama de intriga y acción es un trasfondo sobre el que analizar la condición humana. El paso del tiempo, los recuerdos, la pérdida, nuestra vulnerabilidad, la fragilidad de los lazos sentimentales, el deseo, las heridas familiares, la búsqueda de sentido a nuestros días... *Las hermanas Jacobs* es otro ejemplo del modo en que su responsable practica una novela negra profundamente humana, atenta a escarbar en nuestras emociones y sentimientos. El gran talento de Black radica en conseguir a un tiempo entretenernos y divertirnos —en sus libros abundan las escenas hilarantes— sin menoscabo de tocarnos la fibra sensible al interrogarse sobre algunas de las grandes cuestiones de la existencia.

PERSONAJES PRINCIPALES

QUIRKE

Patólogo forense en el laboratorio de patología del Hospital de la Sagrada Familia de Dublín, marcado por una educación en un orfanato católico y más tarde por un amor imposible. Solitario y huraño hasta rozar la misantropía, dipsómano incurable, no duda en prestar ayuda al desvalido, ejerciendo de detective de facto, impelido por un sentido de la justicia que se le enciende sobre todo frente a los abusos cometidos por cualquier representante del poder. Tras la reciente pérdida de su mujer en trágicas circunstancias (es la segunda vez que se queda viudo), se ha instalado de forma temporal en el piso de su hija, descartando su recomendación de tomarse una baja laboral. Sorprendentemente, parece tener su problema con la bebida bajo control, pese a la aflicción que lo carcome, y dedica largas horas a pasear sin rumbo por zonas de la ciudad que jamás había pisado. Un nuevo caso —es el primero en sospechar que no se trató de un suicidio— y la seductora irrupción en su vida de la hermana de la víctima, lo sacarán de su apatía.

«—Lo siento. No sé qué decir.

—No hay nada que decir. Son cosas que pasan. El mundo está regido por el ciego azar. Evelyn habría sido la primera en decirlo.

—Pero debes de sentirte..., debes de estar destrozado.

—Sí, supongo que lo estoy.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace seis meses, más o menos, pero es curioso: no pienso en ella como si estuviera muerta, no muerta muerta. La llevo dentro de mí como uno de esos cadáveres de santos de las iglesias españolas, milagrosamente preservados.

Molly dejó la copa de vino en la mesa. Se la veía angustiada, y no solo por él.

—No sé cómo se sobrevive a algo así —comentó con una especie de asombro.

—No estoy seguro de haber sobrevivido. Desde luego no soy el que era antes. En los últimos seis meses he vivido con un pie en el mundo de los vivos y el otro en el de los muertos. Es un equilibrio terrible. Pienso que, si una parte flaquea, me caeré. No creo que me importe demasiado. En ocasiones me parece que preferiría estar muerto y acabar con esta situación. A Evelyn no le gustaría oírmelo decir, pero es la verdad.

El silencio se alzó sobre ellos como una alta cúpula oscura.
 —Pero irás superándolo, ¿no? —dijo Molly—. El tiempo todo lo cura, etcétera.
 —Sí, eso me dicen. Supongo que será menos horrible, pero me gustaría saber cuándo».

STRAFFORD

Joven, apuesto y solitario inspector que estudió fugazmente Derecho en el Trinity College antes de incorporarse a la policía de Dublín (la Garda), en cuyo cuerpo es un elemento algo extraño al proceder de familia acomodada («se habría conformado con ser un terrateniente si su padre no hubiera malvendido la tierra poco a poco») y protestante. Vive en una habitación que alquila a un matrimonio inglés. Técnicamente sigue casado, aunque su esposa, Margaret, hace mucho tiempo que se fue a visitar a su madre para no regresar. La relación con Quirke siempre fue tirante, pero devino en ruptura total desde que en San Sebastián no pudiera evitar el asesinato de su esposa. Para acabar de complicar las cosas, Trafford empieza a salir con su hija, Phoebe, afrenta que provocará que salten chispas entre ambos.

«A Trafford siempre le asombraba observar que la gente tendía a ponerse nerviosa, mostrarse agresiva o ambas cosas al saber que era policía. Desde luego, no se debía a que todos tuvieran motivos para sentirse culpables o fueran anarquistas y se opusieran por principio a la policía. La causa era más sutil. Los ingleses habían colonizado el país durante ocho siglos más o menos —las primeras hordas de barones anglo-normandos saqueadores habían llegado a esas costas en el siglo XII—, y el Estado irlandés liberado, ahora hundido en el estancamiento de la década de 1950, no tenía muchos más años que el propio Trafford. El pueblo tenía buena memoria y el resentimiento contra sus antiguos opresores era corrosivo. Con solo oírle hablar sabían que era protestante y, por tanto, inevitablemente, que no era uno de los suyos.

¿Qué pintaba él en la Garda?, debían de preguntarse, en su Garda. Y, más aún, ¿cómo había llegado a ser inspector? En cierto sentido, les parecía escandaloso. (...)

El inspector St. John Trafford era una anomalía, como él bien sabía, y, si por casualidad lo olvidaba siquiera un instante, no faltaban los deseosos de recordarle, con una mirada gélida o una palabra irónica, quién y qué era exactamente».

PHOEBE GRIFFIN

Creció creyendo que Quirke era su tío, lo que, unido a la muerte prematura de su madre, degeneró en un profundo y nunca del todo disipado rencor hacia

su progenitor, el cual no ha dejado de darle disgustos dada su tendencia a meterse (y meterla) en líos de órdago. No duda en acoger a su padre en su casa en estos momentos difíciles, gesto de cariño que se volverá en su contra desde el momento en que le abra su corazón a su gran némesis, el inspector Strafford.

«Sería demasiado fácil convertirse en una vieja y triste solterona como las que veía en las calles por las mañanas, con sus gorros de lana y sus botines de fieltro negro con cremallera, aferradas a sus paraguas y sus bolsos informes. Le daban lástima, pero le horrorizaba pensar que algún día tal vez se convirtiera en una de ellas.

Todavía era joven, o más bien joven al menos, y pese a haber sufrido bastantes iniquidades e infortunios, le parecía que había conseguido un nuevo equilibrio, aunque no estaba segura de por qué medios. Se compadecía de su desconsolado padre y lloraba con él la desaparición de la esposa de Quirke, a la que ella también había querido en cierto modo. Pero en el fondo estaba convencida, sin ninguna buena razón, de que se avecinaba un cambio, de que no tardaría en llegar y de que sería para mejor.

Como psiquiatra que había sido, Evelyn, la difunta esposa de Quirke, le habría asegurado que lo que sentía no era un presentimiento feliz, sino la determinación inconsciente de cambiar las cosas por sí misma, para sí misma. La joven suponía que Evelyn estaría en lo cierto, aunque se mostraba escéptica respecto a esas fórmulas tan claras. Con todo, se decía a sí misma: “Soy dueña de mi vida”, si bien no estaba segura de cuál sería el resultado de esa audaz apropiación. Se contentaba con esperar a que amaneciera el nuevo gran día que se avecinaba.

Si llegaba. No se hacía muchas ilusiones. La vida siempre se guardaba en la manga una bromita desagradable con ganas de ser gastada».

HACKETT

Inspector jefe de la policía dublinesa (la Garda) y, por tanto, superior de Strafford. Ha acudido muchas veces a Quirke en busca de ayuda pero esta vez espera que sus sospechas no sean acertadas y no tener pues un asesinato entre manos. Crecientemente cascarrabias y atisbando ya la jubilación, no está para cargas de trabajo extra y, para desespero de su subordinado Strafford, delega responsabilidades a destajo, sobre todo en aquellas situaciones en las que su complejo de clase puede salir a la luz.

«Hackett había engordado y el pelo le griseaba en las sienas. Los dientes le habían dado problemas durante años y al final había decidido sacárselos todos y usar dentadura postiza. Sin embargo, algo había fallado, de modo que la

mandíbula le había quedado torcida y caída. Recordaba más que nunca a una rana pálida y perspicaz de cabeza plana. (...)

El traje azul de Hackett le hacía tantas bolsas como siempre y tenía los mismos brillos en los codos, las rodillas y, sobre todo, los fondillos. Era objeto de continuas conjeturas entre sus compañeros de Pearse Street. ¿Acaso era posible que llevara el mismo traje desde tiempos inmemoriales? Por supuesto que no, por supuesto que a esas alturas estaría hecho jirones; sin embargo, nadie recordaba haberle visto con uno nuevo».

ROSA JACOBS

Joven universitaria de origen judío, estudiante de Historia en el Trinity College, preparaba un doctorado sobre la diáspora judía en Irlanda. Obstinada, organizaba numerosas protestas y recogida de firmas entre el alumnado en torno a temas espinosos como el derecho al aborto y la introducción de métodos anti-conceptivos. Su cuerpo aparece sin vida dentro de su vehículo en un garaje, en lo que a primera vista apunta a un suicidio por asfixia. Sin embargo, unas marcas alrededor de la boca llevan a Quirke a pensar que escenificaron su muerte.

«—Permítame asegurarme de que le entiendo —dijo Strafford—. ¿Está seguro de que la asesinaron?

Quirke se encogió de hombros al tiempo que ladeaba la cabeza.

—No puedo estar seguro, desde luego que no, pero tengo la fundada sospecha, más que sospecha, de que no fue ella quien preparó la manguera, la encajó en la ventanilla del coche y puso en marcha el motor.

—Entonces ¿qué cree que sucedió?

—Creo que la amordazaron y echaron un anestésico en la mordaza para dejarla inconsciente. Éter tal vez, cloroformo o uno de los más nuevos, que son más potentes. El cloroformo no duerme durante mucho rato, salvo en las películas de gánsteres. Supongo que después la metieron en el vehículo con el motor ya en marcha, le quitaron la mordaza, cerraron la portezuela y la dejaron morir. Aunque hubiera recuperado el conocimiento, habría estado demasiado aturdida y desorientada para salvarse. Si el motor funcionaba a su máxima capacidad y las ventanillas estaban cerradas herméticamente, debió de morir en cuestión de minutos.

Strafford reflexionó. Su expresión era dubitativa.

—Parece un método muy complicado para deshacerse de ella —dijo—. ¿Por qué no falsificar una nota de suicidio y tirar a la joven por un precipicio?

—Dígame usted —replicó Quirke—. Usted es el policía.

A Strafford no le pasó inadvertido el desprecio que destilaban las palabras.

—En cualquier caso —prosiguió Quirke—, antes de abordar el quién, ¿no debería tratar de averiguarse el porqué?

—¿Estaba embarazada?

—No.

—¿Era virgen?

—No.

Strafford miró hacia la ventana al tiempo que se mordisqueaba la carne de un lado del pulgar izquierdo. El mal presentimiento había dado paso a algo semejante al miedo. No temía por sí mismo ni por nada en particular. Era un pavor general. El mundo encontraba la manera de abrir la mano y mostrar con disimulo el funesto as de picas, presagio de la muerte.

La expresión de Quirke se había tornado amarga, como si algo con un sabor repugnante le hubiera subido a la garganta. La ira lo asaltaba a ráfagas, observó Strafford. Se desataba de repente y lo azotaba como el viento a un trigal, luego remitía, pero continuaba allí, preparada para arremeter de nuevo ante la siguiente provocación, imaginaria o no. La aflicción, otra vez, siempre mudable.

—O sea: no estaba embarazada y no era virgen. —Quirke había adoptado un tono de áspero sarcasmo—. Se acabaron todos los posibles motivos, ¿eh? Liquidada por un novio celoso o por ese mismo tipo u otro porque se quedó preñada en un momento inoportuno».

MOLLY JACOBS

Hermana mayor de Rosa, con la que tenía escaso contacto. Periodista del diario *Express*, hace varios años tomó la decisión de afincarse en Londres para poner distancia con su familia. Acudirá a Dublín a apoyar emocionalmente a su padre —que regenta una tienda de telas en el centro de Cork— a la hora de identificar el cadáver, organizar el funeral y tramitar el traslado. Distinguida y elegante, transmite altivez, incluso descaro en algunos momentos, aunque es más vulnerable e insegura de lo que aparenta. Pese a la diferencia de edad con Quirke, no dudará en desplegar ante él todas sus dotes de seducción.

«Era alta, casi tanto como él, y su figura, de hombros estrechos y caderas rotundas, evocaba la blanda elasticidad de su padre. Quirke calculó que rondaba los treinta y cinco años. Su rostro sería hermoso si fuera menos interesante.

(...)

Ella cogió el cigarrillo con una mano temblorosa y lo encajó entre los labios con movimientos inexpertos. Él le acercó la llama del encendedor y ella se agachó y le rozó el dorso de la mano con la punta del dedo corazón. Ambos tuvieron que inclinarse por encima de la cama. Ella no llevaba los labios pintados. El olor de su

perfume era delicado y penetrante; imposible no percibirlo. Él supuso que era caro, igual que el traje de seda, la maleta de piel de cerdo y los suaves guantes grises. Ella se volvió hacia la ventana y miró la calle, con el cigarrillo en alto y el codo derecho apoyado en la palma de la mano izquierda».

FAMILIA KESSLER

Alemanes instalados en «una gran mansión en Wicklow, caballos, fiestas, cacerías los fines de semana». El patriarca, Wolfgang Kessler, nacido en Múnich, exconde, «tan melifluido y dúctil como los parches de cuero de su chaqueta», regenta una fábrica de repuestos de maquinaria en su país de origen y cría caballos en su hacienda de más de ciento veinte hectáreas. Su hijo, Franz, combina una extrema sensibilidad y engreimiento, tenía una relación muy estrecha con Rosa. La familia posee negocios turbios en Israel en alianza con un empresario tentacular, Teddy Katz, que sobrevivió a un campo de concentración durante la guerra.

«La puerta estaba abierta y la oscuridad del vestíbulo al que daba paso enmarcaba a un hombre plantado en el umbral. Era menudo, esbelto, no alto, de constitución recia. Tenía la frente despejada y el cráneo estrecho, medio calvo e inclinado, la piel lustrosa como el cuero. Llevaba una chaqueta de loden verde, pantalones de montar marrones y botas altas del mismo color y tan ceñidas a la pierna que parecían polainas. Camisa de cuadros, chaleco de terciopelo negro y pañuelo de cuello sujeto con una aguja de perla.

Dolan detuvo el coche en paralelo a la casa. Strafford fue el primero en aparecer. El hombre se apartó de la entrada y bajó los escalones sonriendo. Debía de rondar los sesenta años, calculó Strafford. Su cara seguía las líneas del cráneo y era larga, estrecha y de un color tostado bruñido por las muchas horas pasadas al sol. Las mejillas eran cóncavas, la boca poco más que una línea que marcaba el límite superior de una barbilla afilada. (...)

Kessler se sirvió un vaso de agua de una jarra de cristal. Se acomodó en el sofá y los observó a los dos con un aire inquisitivo y jovial. Quirke se fijó en sus ojos, los iris de un gris pálido y traslúcido con motas negras, los párpados igualmente pálidos y como de papel.

El momento tenía un toque de los tiempos arcaicos. Era, pensó Strafford, como si un par de zafios siervos de la gleba hubiera acudido a la casa solariega con sus mejores harapos de domingo para solicitar a su gentil señor feudal una ración extra de cereales o una reducción de los tributos.

La inmaculada chaqueta de Kessler, de color verde bosque, tenía tiras de cuero cosidas en los bordes de los puños y coderas del mismo material. Strafford

pensó en el Tirol y se preguntó dónde estaba exactamente. ¿Era un país o una región? ¿Y allí cantaban el yodel o solo se hacía en Suiza?».

«Franz estaría asustado. El hombre quería a su hijo, aunque no se le escapaba que era un blandengue. Había intentado enseñarle a ser fuerte, pero nada había dado resultado, ni los sermones, ni las burlas, ni siquiera las palizas. La criatura parecía una niña más que un niño. Con todo, era su hijo y él debía valorarlo, pues nadie más lo haría. El mundo es despiadado».

UNA EXTRAÑA PAREJA INVESTIGADORA

Aunque las tiranteces y los caracteres irreconciliables entre dos individuos obligados a cooperar en la resolución de un asesinato es un motivo explotado en la ficción criminal, pocas veces las razones del desencuentro habrán sido tan peliagudas y la plasmación de las diferencias habrá combinado tanto el humor y el drama. Quirke y Strafford llanamente no se soportan. El primero considera al segundo un estirado y un sabelotodo, al que para colmo culpa de la muerte violenta de su esposa, mientras que el segundo ve en el primero a un alcohólico empeñado en entrometerse en labores que deberían recaer exclusivamente en la policía. Obligados a unir fuerzas, y por tanto a pasar más tiempo juntos del que ambos hubieran deseado, el choque de trenes (y el intercambio de pullas) está servido. Para complicar aún más su relación, Strafford siente que el incidente ocurrido en San Sebastián generó un vínculo extraño entre ellos, «daba la impresión de que compartían una intimidad terrible, casi vergonzosa».

«Todo resultó muy embarazoso y difícil. Para empezar, Strafford no tenía ni idea de qué ofrecerle de beber a Quirke. Tras el trágico episodio de España todos habían supuesto que se embarcaría en una farra autodestructiva de la que nunca lograría salir con buen rumbo. Que no lo hubiera hecho, y que por lo visto no fuera a hacerlo, más que aliviarlos, los ponía nerviosos. Caminaban a su alrededor como de puntillas, temerosos de que una palabra equivocada, o incluso una apropiada, lo impulsara a recordar de pronto su terrible situación y a zambullirse en el pub más cercano.

Pese a la carga trágica de su presencia, en cierto modo Quirke se había... desvaído; esa fue la palabra que le vino a la cabeza a Strafford. Sí, desvaído. Había perdido sustancia. Parecía no estar ahí del todo, ni para los demás ni para sí mismo. Estaba absorto, ausente, siempre distraído. Se comportaba como un hombre que se palpara los bolsillos sin cesar en busca de algo que había perdido, o extraviado, o que tan solo había imaginado que llevaba consigo».

«Quirke se encogió de hombros. Le traía sin cuidado que Rommel fuera un hombre bueno o un villano. Tampoco le preocupaba demasiado qué había sido o dejado de ser Kessler. Le parecía evidente que era un farsante, un impostor hasta los parches de su cara chaqueta tirolesa y el brillo de sus botas de montar confeccionadas a mano. ¿Cómo era posible que Strafford no se diera cuenta? Claro que Strafford era también un simulacro, un hijo de terratenientes con casa grande que se hacía pasar por poli dublinés. Pese a su aparente timidez, era un imbécil engreído. Al carajo con él. Encendió otro cigarrillo. Estaban cruzando de nuevo el páramo. Strafford habló al cabo de un rato.

—No sabía que leyera a Heidegger.

—No lo leo.

—Bueno, pues ha impresionado al viejo.

—Eso pretendía. Estaba alardeando.

Los kilómetros pasaban raudos. Al volante, Dolan los miraba en el espejo retrovisor de vez en cuando y parecía divertirse. ¿Por qué? Conducía aún más deprisa que en el trayecto de ida, tomando las curvas a ochenta o noventa kilómetros por hora. Strafford estaba mareado, pero se resistía a ordenarle que redujera la velocidad. Sabía que Quirke se pondría de parte de Dolan en cualquier discusión.

—¿Cómo está su hija? —preguntó.

—¿Mi hija? —gruñó Quirke, sorprendido y receloso.

—Sí. Phoebe. ¿Cómo está?

—Por lo que sé, está bien. ¿Por qué?

—Simplemente me preguntaba cómo estaría después..., después del viaje a España.

Quirke no dijo nada y fumó con saña creciente. No solo estaba enfadado con Strafford. Estaba pensando en Evelyn. En ocasiones la pérdida de su esposa lo golpeaba de nuevo con la fuerza de una gruesa puerta metálica abierta por el viento en una tormenta y lo dejaba sin aliento y tambaleándose por dentro en medio de la oscuridad y del implacable aire impetuoso. Strafford estaba hablando de nuevo.

—¿Qué? —le espetó Quirke.

—Le preguntaba si podría darme el número de teléfono de su hija.

—¿Por qué? —preguntó Quirke.

—Porque he pensado que quizá la llame. Solo para saludarla.

Quirke se volvió hacia la ventanilla.

—No llevo su número encima —murmuró».

OTROS EXTRACTOS

«—Hábleme otra vez de cuando encontró a la joven.

—Estaba a punto de cerrar el taller y dar por terminada la jornada cuando olí el humo del tubo de escape que flotaba en el callejón y fui a echar un vistazo. El candado no estaba en su sitio; recuerdo que me fijé en eso. Cuando abrí las puertas, los gases casi me tumban.

—¿Seguía el motor en marcha?

—No, no. Se había quedado sin combustible.

—Y la chica, ¿dónde estaba?, ¿en el asiento delantero o...?

—Sí, estaba sentada detrás del volante, reclinada contra el respaldo, con la cabeza hacia atrás y las manos en el regazo. Nunca olvidaré su cuello, estirado de aquella manera, con la piel de un precioso rosa pálido. También era rosada la carne bajo las uñas, pero de un tono más oscuro. No parecía muerta, aunque supe que lo estaba.

—¿Estaba el coche cerrado? O sea, ¿estaba cerrado por dentro? Perry reflexionó un instante.

—No, no, ninguna portezuela tenía

el seguro puesto. Pero la capota estaba echada, claro, y las ventanillas, cerradas, salvo la de su lado. Son muy herméticos esos modelos, aunque, con ese techo de lona, nadie lo diría.

—Y la chica, ¿cómo había...?

—Oh, fue muy concienzuda. Envolvió un extremo de una manguera de goma en un trapo impregnado de aceite y lo introdujo en el tubo de escape, y metió el otro extremo por la ventanilla de su lado, con más trapos para cerrar bien el hueco.

—No escatimó esfuerzos.

—Eso demuestra determinación. —Perry negó con la cabeza—. ¿Qué le pasaría para que hiciera algo así?

Strafford se encogió de hombros.

—Es lo que intentamos averiguar. ¿No había ninguna nota ni nada por el estilo?

—No. Ninguna nota. Solo estaba ella, con la cabeza echada de esa forma sobre el respaldo y las manos unidas en el regazo. Era guapa, incluso muerta, con una piel clara preciosa y una larga melena negra».

«Nada de eso le importaba a Strafford. No tenía inconveniente en ir a Wicklow y sentía curiosidad por conocer a un aristócrata, incluso a uno que gustaba de simular que no lo era. El auténtico origen de su enfado era que Hackett se había empeñado en que lo acompañara Quirke.

—Pero Quirke no es policía —había objetado Strafford.

—No, pero de eso se trata —contestó el jefe al tiempo que entrecerraba un ojo y enseñaba su reluciente sonrisa esmaltada—. Es listo como un lince, aunque nadie lo diría al verlo. A menudo se fija en cosas que un profesional tal vez pase por alto.

Strafford había sentido un ardor detrás de las orejas. «¡Está enviando a Quirke a vigilarme!», pensó. Nunca ha-

bía estado tan cerca de sentirse indignado. No obstante, no añadió nada, pues temía decir algo de lo que más tarde se arrepintiera.

La situación empeoraba a medida que avanzaba el día. Cuanto más veía a Quirke, menos le gustaba. ¿Acaso no era más que un patán con un traje de Savile Row? Ahí estaba, en el asiento trasero del coche de policía, callado, con los dedos entrelazados sobre el regazo y haciendo girar los pulgares mientras con ojos cavilosos veía desfilas el páramo con su desolada belleza. ¿De verdad no le parecía raro tener que acompañar a un policía en una investigación oficial?

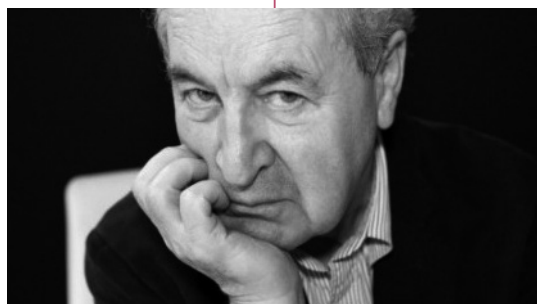
El jefe le había consentido durante años al permitirle acudir a escenarios de crímenes y plegarse a sus opiniones y su supuesta perspicacia».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. El preciosismo de algunos pasajes y las referencias cultas delatan que Benjamin Black no es un autor al uso de novela negra. ¿Qué otras características nos revelan que detrás del seudónimo se encuentra un autor tan literario como John Banville?
2. ¿Por qué diríais que el autor escogió la cita de Sir Thomas Wyatt que sirve de pórtico al libro?
3. En las primeras páginas de la novela, un personaje niega la existencia de Dios, únicamente existe «*das Schicksal*, el destino, el ciego destino, y nosotros somos sus víctimas». ¿De qué manera la historia que sigue cumple con este precepto?
4. ¿Podríamos decir pues que de algún modo se nos están avanzando los acontecimientos por llegar?
5. La novela incluye dos saltos atrás en el tiempo respecto al presente en Dublín. ¿Por qué el autor, contra lo que es costumbre, coloca primero el más próximo cronológicamente?
6. ¿Con qué otras obras de ficción que han tratado la reinención de figuras nazis después de la guerra vincularíais *Las hermanas Jacobs*?
7. ¿Cómo aborda Benjamin Black el tema del duelo a través de su protagonista?
8. La antipatía que se profesan Quirke y Strafford es uno de los temas centrales de la novela. ¿Cuánto diríais que es producto de desencuentros razonables y cuánto fruto de proyecciones personales?

9. Quirke es un personaje tendente a la melancolía. ¿Sabrías señalar algunos pasajes de la novela que lo volverían a demostrar?
10. Por vía de su relación con Molly Jacobs, Quirke también vuelve a demostrar que es un gran seductor, aunque en ocasiones parece que incluso contra su voluntad. ¿Qué creéis que las mujeres encuentran tan atractivo en él?
11. El sentido del humor es un elemento recurrente en el ciclo Quirke. ¿En qué tipo de pasajes concentra sus esfuerzos cómicos?
12. ¿Cómo es la situación de la mujer en la sociedad irlandesa de finales de los años 50 descrita en la novela?
13. Los tipos de luz y las tonalidades y aspecto que confieren a las cosas es un tema recurrente en el autor. ¿A qué creéis que obedece?
14. Benjamin Black emplea con frecuencia los objetos para completar el retrato de sus personajes. ¿Sabrías señalar algún ejemplo?
15. En *Las hermanas Jacobs* las viviendas también son elementos muy reveladores de la personalidad de quienes los habitan. ¿Qué nos dicen de Quirke, Strafford o Kessler, por ejemplo?
16. Aunque cada título del ciclo puede leerse de forma independiente, el autor incluye menciones a los libros precedentes en una suerte de guiño a los seguidores incondicionales. La aparición de Isabel Galloway o la referencia del vehículo de la marca Alvin serían ejemplos en *Las hermanas Jacobs*. ¿Habéis detectado alguno más de destacable?

EL AUTOR



BENJAMIN BLACK es el seudónimo de **JOHN BANVILLE** (Wexford, Irlanda, 1945). Con *El libro de las pruebas* (Alfaguara, 2014), que compone junto a *Fantasmas* y *Atenea* la *Trilogía de Freddie Montgomery* (Alfaguara, 2020), fue finalista del Premio Man Booker, que ya había obtenido en 2005 con *El mar* (Alfaguara, 2019), consagrada también por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre su obra publicada en Alfaguara destacan *Regreso a Birchwood* (2017), *El intocable* (2015), *La señora Osmond* (2018), la *Trilogía Cleave* —ciclo de novelas que incluye *Eclipse* (2014), *Imposturas* (2015) y *Antigua luz* (2012, uno de los mejores libros del año según la crítica española)—, *La guitarra azul* (2016), *Tetralogía científica* (2022) —que reúne las novelas *Copérnico* (ganadora del James Tait Black Memorial Prize), *Kepler* (merecedora del Premio de Ficción de The Guardian), *La carta de Newton y Mefisto*—, *Las singularidades* (2023) y *La alquimia del tiempo. Un memoir dublinés*,

de próxima publicación. Bajo el seudónimo de Benjamin Black, que continúa utilizando exclusivamente en sus ediciones en español, ha publicado en Alfaguara Negra *El Lémur* (2009), *La rubia de ojos negros* (2014), *Los lobos de Praga* (2019) y la serie protagonizada por el doctor Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012), *Venganza* (2013), *Órdenes sagradas* (2015), *Las sombras de Quirke* (2017) y *Quirke en San Sebastián* (2021)—. *Las hermanas Jacobs* (2023) es el primer caso investigado conjuntamente por Quirke y el inspector Trafford. En 2011 recibió el Premio Franz Kafka, a menudo considerado como la antesala del Premio Nobel, y en 2013 fue galardonado con el Premio Austriaco de Literatura Europea y, en España, con el Premio Leteo y el Premio Liber. En 2014 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras por «su inteligente, honda y original creación novelesca».

DECLARACIONES DE BENJAMIN BLACK SOBRE *LAS HERMANAS JACOBS*

Sobre el protagonismo de los judíos en la novela:

«Adoro el mundo de los judíos. Creo que son las personas más divertidas sobre la faz de la Tierra. Y no olvidemos que son inventores por naturaleza, un aspecto que me entusiasma de ellos, me habría encantado nacer judío».

Sobre el primer capítulo, donde un monje franciscano da cobijo a un nazi huido poco después de finalizada la Segunda Guerra Mundial:

«El Vaticano supuso una ruta de escape muy importante para los nazis en su trayecto hacia Latinoamérica. Y los franciscanos les fueron de mucha ayuda. Tenemos la imagen de los seguidores de San Francisco de Asís como amantes de las aves y las abejas, pero tendemos a olvidar que probablemente no fueran unos grandes amantes de los judíos».

Sobre la introducción del duelo de Quirke por la muerte de su esposa, proceso por el que pasó Banville recientemente:

«Por descontado que bebí de mi propia experiencia. Todo lo que vive uno es material susceptible de acabar en sus libros. Los escritores somos unos seres implacables en este sentido. Recuerdo que en los años 70 mi mujer y yo tuvimos una pelea muy acalorada. Ella me estaba echando una bronca de campeonato cuando no pude evitar interrumpirla para preguntarle: “¿Te importa si utilizo esto [en mi novela]?”. Se me quedó mirando desconcertada y me dijo, “¿De qué me estás hablando?”. Por suerte al final obtuve su aprobación».

Sobre el proceso de escritura:

«Cuando estoy escribiendo, no soy yo. La persona que come, bebe y duerme no existe mientras escribo. Cada mañana me siento frente a mi escritorio y me digo: “No sé cómo se hace esto”. Consigo unir algunas palabras, unos tanteos poco lucidos, y poco después del almuerzo, me sorprende en modo concentración absoluta. A veces me quedo absorto observando mi mano rasgando el papel. Otras salgo a estirar las piernas y al regresar me encuentro con que había completado mil palabras más. Trabajo en una suerte de trance hipnótico».

(Declaraciones extraídas de la web del diario *Irish Examiner*)

